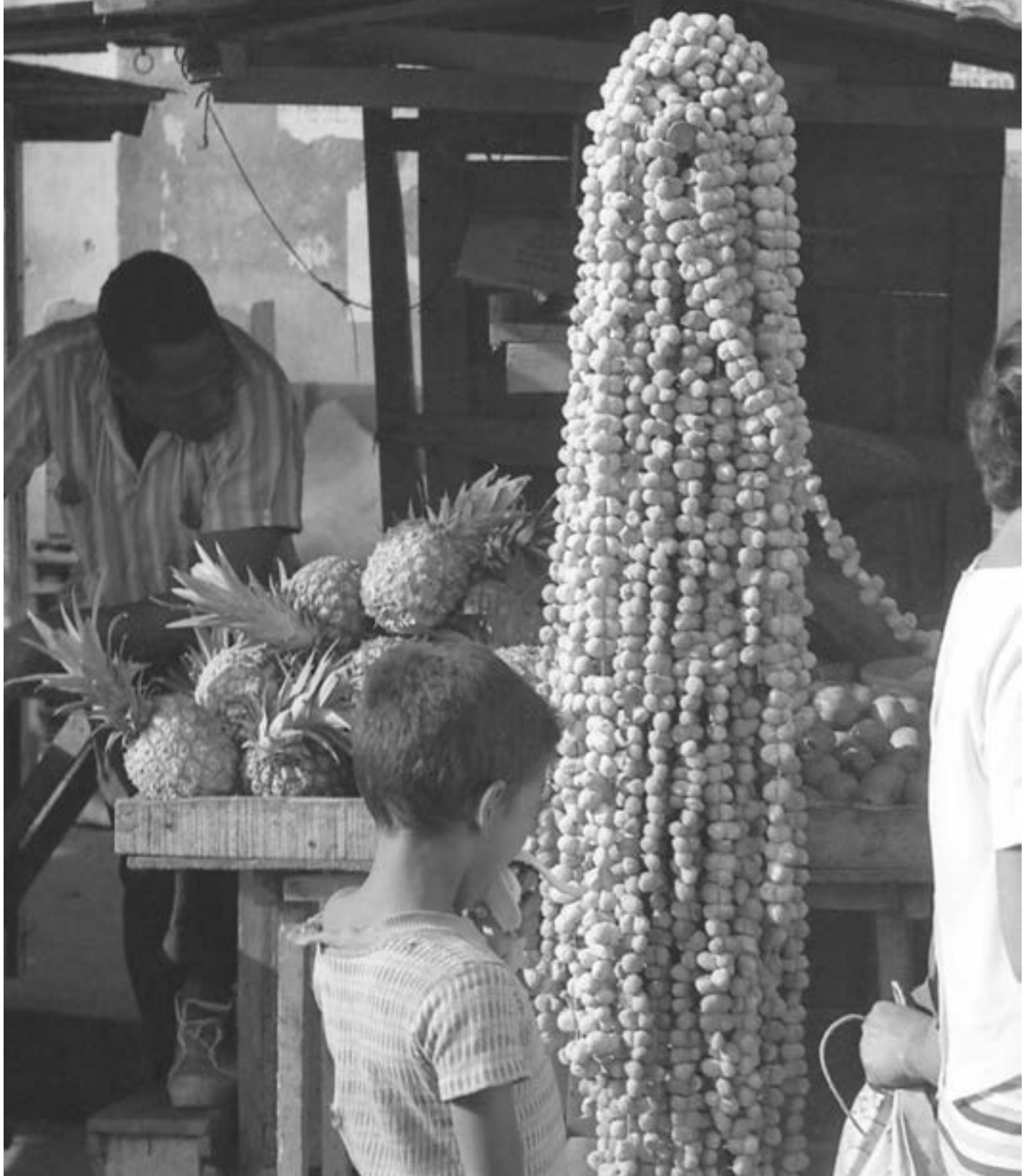


- GRAN PREMIERE DE GALA -
STAR CIRCUS
CORTA TEMPORADA

HOT REGIO DEBUT - HOT REGIO DEBUT - HOT REGIO DEBUT
REALPARK REALPARK REALPARK



A ambos lados del Atlántico con García Márquez

CONRADO ZULUAGA
MARGRET DE OLIVEIRA

EL español, lengua materna de unos quinientos millones de personas en veintidós países, es uno de los idiomas más hablados en el mundo y, aunque conserva una considerable homogeneidad, presenta una gran variedad de acentos y vocablos. Si bien los hispanohablantes de ambos lados del Atlántico comparten cerca del noventa por ciento del vocabulario, los regionalismos, modismos o coloquialismos locales prestan a confusión, y es posible que una misma palabra tenga numerosos y diferentes significados, según el país o la región en donde se emplean. En su discurso inaugural del Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, en Zacatecas (1997), titulado *Botella al mar para el dios de las palabras*, García Márquez afirma que “el español tiene un ámbito propio de 19 millones de kilómetros cuadrados [...] Con razón un maestro de letras hispánicas en Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericanos de distintos países”.

Nuestro idioma llega a América el 12 de octubre de 1492 en las tres carabelas al mando de Cristóbal Colón y, en su *Historia de las Indias*, fray Bartolomé de las Casas transcribe párrafos completos del cuaderno de bitácora del Almirante de la mar oceánica. Esta fue la perspectiva original desde la cual fue narrado ese primer encuentro:

Les di a algunos d'ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescueço, y otras muchas cosas de poco valor, con que ovieron mucho plazer

Colombia. Escritor y editor, ha sido director del Programa Nacional de Bibliotecas Públicas, director de la biblioteca de la Universidad Externado de Colombia y director de la Biblioteca Nacional. Profesor universitario de literatura (Universidad de los Andes, Universidad Nacional, Universidad Javeriana). Durante diez años se desempeñó como director editorial de Alfaguara en Colombia, y lo fue durante seis años de Panamericana Editorial. En la actualidad es cofundador y codirector, con el profesor Andrés Lema-Hincapié, del Proyecto Gabriel García Márquez de la Universidad de Colorado en Denver, y profesor de la Universidad Nacional en la Maestría de escrituras creativas. Ha publicado varios libros, entre los que se cuentan: *Novelas del dictador, dictadores de novela* (1977), *Puerta abierta a Gabriel García Márquez y otras puertas* (1982), *El tren y sus gentes* (1995), en coautoría con Belisario Betancur, y *Gabriel García Márquez. El vicio incurable de contar* (2005).

Alemania. Estudió traducción en la Escuela de Intérpretes de la Universidad de Ginebra (Suiza). Vivió en Colombia entre 1976 y 1996, y realizó el peregrinaje de rigor a todos los sitios y escenarios de la obra de García Márquez. Desde hace más de diez años escudriña con fervor la obra del nobel colombiano. Su afición por la lectura y las palabras nació desde su infancia, cuando sus padres la estimulaban a usar la expresión adecuada de manera correcta. Lee literatura en el idioma original y sufre cuando tiene que hacerlo en traducciones deficientes. Es autora de *La lengua ladina de García Márquez* (2007), un libro que recoge más de dos mil palabras de la obra del escritor colombiano que pueden ser de difícil comprensión para un lector de cualquier latitud.

<

Huevos de iguana en la costa colombiana, c 1950.

Las imágenes que acompañan este artículo son del archivo fotográfico de Nereo López. Pertenecen al realismo gráfico y reflejan el ambiente recreado por Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. Las imágenes fueron tomadas a partir de 1950, mucho antes de la publicación de la obra maestra del escritor.

y quedaron tan nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascaveles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo. [...] Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo placiendo a Nuestro Señor llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para de deprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla.

Nadie ha descrito con tanta precisión, ni de manera tan alegre y vistosa, el impacto que significó ese encuentro de dos culturas, como García Márquez en *El otoño del patriarca*. El ambiente festivo y desbordante de curiosidad que constituyó el choque de estos dos grupos de hombres tan distintos, lo narra el escritor desde la perspectiva del indio caribe, en una divertida parodia del fragmento del *Diario del primer viaje de Colón*, antes mencionado. Los papeles se invierten y el resultado es el siguiente:

que habían llegado unos forasteros que parloteaban en lengua ladina pues no decían el mar sino la mar y llamaban papagayos a las guacamayas, almadías a los cayucos y azagayas a los arpones [...] y gritaban que no entendíamos en lengua de cristianos cuando era ellos los que no entendían lo que gritábamos, y después vinieron hacia nosotros con sus cayucos que ellos llaman almadías, como dicho tenemos, y se admiraban de que nuestros arpones tuvieran en la punta una espina de sábalo que ellos llaman diente de pece, y nos cambiaban todo lo que teníamos por estos bonetes colorados y estas sartas de pepitas de vidrio que nos colgábamos en el pescuezo por hacerles gracia, y también por estas sonajas de latón de las que valen un maravedí y por bacinetas y espejuelos y otras mercerías de Flandes, de las más baratas mi general, y como vimos que eran buenos servidores y de buen ingenio nos los fuimos llevando hacia la playa sin que se dieran cuenta, pero la vaina fue que entre el cámbieme esto por aquello y le cambio esto por esto otro se formó un cambalache de la puta madre y al cabo de un rato todo el mundo estaba cambalachando sus loros, su tabaco, sus bolas de chocolate, sus huevos de iguana, cuanto Dios crió.

Para Colón, los indígenas eran hombres de “buen ingenio” que aprenderían con facilidad el idioma español pues “veo que muy presto dicen todo lo que les decía”, y para los nativos, los españoles, a su vez, en la versión de García Márquez, eran “unos forasteros que parloteaban en lengua ladina [...] y gritaban que no entendíamos en lengua de cristianos cuando eran ellos los que no entendían lo que gritábamos”. Quinientos años más tarde, aún se repiten encuentros del mismo tipo, y cualquier turista hispanohablante que cruza el Atlántico tiene anécdotas de divertidas o exasperantes incomprendiones. “¿Le provoca un tinto?”, es un interrogante al que se enfrentan nueve de cada diez turistas españoles al llegar a Colombia. Un *tinto* es un café, y no un vaso de vino rojo. Tampoco se come a la misma hora: cuando el español *come*, el colombiano *almuerza*, y cuando el colombiano *come*, el español *cena*.

Este intenso intercambio cultural se inicia con el descubrimiento del Nuevo Mundo, pues las lenguas indígenas incorporan voces españolas, al mismo tiempo que el español recibe nuevas palabras de las lenguas indígenas, para designar novedades desconocidas en el Viejo Mundo. En el ejemplo antes mencionado, de *El otoño del patriarca*, los españoles reciben regalos locales, con sus nombres de origen taíno (*loro, tabaco*), náhuatl (*chocolate*) y arahuaco (*iguana*). Los



Maicao (Guajira), c. 1960.



objetos que regalan los descubridores, “pepitas de *vidrio*” y “*sonajas* de *latón* de las que valen un *maravedí*” llegan con palabras nuevas, de origen latino (*vidrio*, *sonaja*), y árabe (*latón* y *maravedí*).

De las numerosas voces indígenas americanas que entran a la lengua española, la primera es *canoa*, que aparece en el Diario de Colón a principios de diciembre de 1492 y, apenas tres años más tarde, recogida en el célebre Diccionario de Antonio de Nebrija, considerado como el primer diccionario del idioma español. El vocablo proviene del taíno, la lengua inicial que conocieron los españoles al llegar a las Antillas, y constituye entonces el primer “americanismo” propiamente dicho, al que pronto sigue una larga lista de términos indígenas. Las lenguas de la inmensa familia lingüística caribeña, como el arahuaco, caribe, taíno y el cumanagoto, son el origen del más antiguo y principal núcleo de americanismos, pues es en el ámbito del Caribe donde los españoles descubren la naturaleza y la vida del Nuevo Mundo. Aunque la mayoría de estos vocablos caribeños son testimoniados en las crónicas de Indias, muchos de ellos se ignoran o son de poco uso en España. Del taíno recogen las palabras necesarias para nombrar todas esas cosas que no tenían o no conocían de España, como *ají*, *barbacoa*, *bejuco*, *cacique*, *caimán*, *canoa*, *colibrí*, *hamaca*, *huracán*, *iguana*, *maíz*, *manatí*, *maní*, *sabana*, *tabaco*, *tiburón* y *yuca*. Al principio estos vocablos se usan con cierta timidez, dando un sinónimo o una explicación de su significado, pero después aparecen solas, totalmente integradas al vocabulario de la lengua española. Estos términos antillanos, que ya forman parte del castellano americanizado, se



difunden luego en los nuevos territorios conquistados, al tiempo que se adquieren vocablos de las lenguas de los nuevos pueblos. De México adoptan, entre otras, las palabras *aguacate*, *cacao*, *chicle*, *chile*, *chocolate*, *coyote*, *hule*, *tamal*, *tequila*, *tiza* y *tomate*. A medida que la conquista avanza, los españoles continuaban adoptando palabras de las demás lenguas indígenas importantes: el maya, el quechua, el tupí, el guaraní y el mapuche; voces como *alpaca*, *cancha*, *carpa*, *caucho*, *coca*, *cóndor*, *gaucho*, *llama*, *pampa*, *papa*, *puma* y *vicuña*. Muchas de estas palabras entran primero al idioma castellano, y de ahí pasan a formar parte del léxico internacional.

En el México de hoy, los indigenismos conviven con las palabras traídas por los españoles, pues hay voces nativas náhuatl y voces de origen latino que son intercambiables o que apenas difieren en su significado, como *guajolote* y *pavo*, *chamaco* y *niño*, *petaca* y *maleta*, *cuate* y *amigo*, *mecate* y *cuerda*, *tecolote* y *búho*, *tlapalería* y *ferretería*, *huarache* y *sandalia*.

Así como se designa al mismo objeto de manera diferente en distintas regiones, según la lengua hablada en cada territorio, el español adopta los sinónimos *maní* (taíno) y *cacahuate* (náhuatl); *aguacate* (náhuatl) y *palta* (quechua); *choclo* (quechua) y *elote* (náhuatl) para designar la mazorca tierna de maíz; *ají* (taíno) y *chile* (náhuatl), llamados guindilla en España; *poroto* (quechua) y *ejote* (náhuatl), que es la vaina tierna del frijol, también llamada alubia, chaucha, habichuela, judía verde o vaina. Un caso curioso es el del nahuatlismo *tiza* y la voz de origen griego



La Guajira, 1953.

gis. La *tiza* cruza el Atlántico en dirección de España, y el *gis* llega de Europa para asentarse en América. La *tiza* y el *gis*, en forma de barrita blanca (también llamada *pizarrín*, y *yeso* en algunos países), se usa para escribir en el pizarrón (o encerado, pizarra o tablero, según los países), y ambos vocablos aparecen en la obra de García Márquez. En *Cien años de soledad*, durante la guerra, el coronel Aureliano Buendía “decidió que ningún ser humano [...] se le aproximara a menos de tres metros. En el centro del círculo de *tiza* que sus edecanes trazaban dondequiera que él llegara, y en el cual sólo él podía entrar, decidía con órdenes breves e inapelables el destino del mundo”. En otro momento de la misma obra, García Márquez prefiere el vocablo *gis*: “Fue también por esa época que se restauró el edificio de la escuela. [...] Aureliano Segundo y José Arcadio Segundo, los voluntariosos gemelos de Santa Sofía de la Piedad, fueron los primeros que se sentaron en el salón de clases con sus pizarras y sus *gises* y sus jarritos de aluminio marcados con sus nombres”.

Además de la gran variedad de lenguas que encontraron los españoles al llegar a América, ellos mismos ya provenían de diversas zonas de la península, con sus propios regionalismos. Por tanto, no es de extrañar que el español americano presente indudables diferencias nacionales o regionales. El *autobús* (España) es *camioneta* (El Salvador, Guatemala), *ómnibus* (Uruguay), *micro* (Chile), *guagua* (Cuba, Puerto Rico), *colectivo* (Argentina), *góndola* (Perú) y *camión* (México); una *manta* (España) es *cobija* (Colombia, Ecuador, Honduras), *frazada* (Argentina, Bolivia, Chile, Perú), *cobertor* (México), *frisa* (República Dominicana, Puerto Rico) y *chamarra* (Guatemala); el *biberón* (España) es *tetero* (Colombia, Venezuela), *bibí* (Puerto Rico), *pacha* (El Salvador, Nicaragua), *mamadera* (Argentina, Uruguay); un *rubio* (la persona de cabello dorado en España) es *canche* (Guatemala), *mono* (Colombia), *güero* (México), *catire* (Venezuela) y *fulo* (Panamá); las *gafas* (España), son *lentes* (México), *espejuelos* (Cuba, Puerto Rico) y *anteojos* (América Central, Colombia); y las *rosetas de maíz* (España) son *pipocas* (Bolivia), *pororó* (Argentina, Paraguay, Uruguay), *covín* (Chile), *rositas* (Cuba), *cotufas* (Venezuela), *cancha* (Perú), *poporopo* (Guatemala) y *crispetas* (Colombia). Una relación de esta naturaleza podría extenderse de forma indefinida, pero los ejemplos expuestos bastan para mostrar la diversidad de vocablos que existe entre los hispanoparlantes. De ahí se justifica el comentario contundente del editor español Federico Ibáñez: “El español, ese idioma común que nos separa”.

Esta diversidad de términos también la encontramos en los escritos de García Márquez, quien no duda en utilizar el vocablo que más le conviene, así sea de uso en otros países, al escribir su obra. En *La conducerma de las palabras*, una de sus columnas periodísticas, y a raíz de unos comentarios aparecidos en la prensa local en donde se señaló que al menos tres expresiones de su novela *Crónica de una muerte anunciada* no son de comprensión inmediata en Colombia, el autor explica que

la guerra cotidiana con las palabras no respeta fronteras. Un pobre hombre solitario sentado seis horas diarias frente a una máquina de escribir con el compromiso de contar una historia que sea a la vez convincente y bella agarra sus palabras de donde puede. La guerra es más desigual aún si el idioma en que escribe es el castellano, cuyas palabras cambian de sentido cada cien leguas.

Una de las palabras criticadas por no ser empleada en Colombia es *cruda*: “Mi hermana la monja, que no iría a esperar al obispo porque tenía una *cruda* de cuarenta grados, no consiguió despertarlo”. En la misma nota de prensa, el escritor se explica así:

La palabra *cruda*, por supuesto, la conocí en México. En Colombia se dice *guayabo*, pero yo preferí la mexicana, porque la nuestra tiene además una connotación de añoranza que me estorbaba en el texto. Con ese sentido escribí hace ya muchos años, en otra novela, que un personaje se sentía atormentado por “el fragante y agusanado *guayabal* de amor que iba arrastrando hacia la muerte”. En la *Crónica de una muerte anunciada* la palabra *guayabo* también aparece en otra parte con el sentido de *cruda*, pero no está dicha por el narrador, sino por un protagonista, al cual le preguntan por qué está tan pálido, y él contesta: “Imagínese, con este *guayabo*”. [...] En todo caso, si escogí *cruda* fue por puras razones de gusto personal, pues ningún otro estado del ánimo tiene tantos nombres para escoger en castellano: *resaca* en España (como en Brasil), *ratón* en Venezuela, *perseguidora* en Cuba, *chuchaque* en Ecuador. Es un verdadero dolor de cabeza, no tanto para los sobrevivientes de la pachanga, sino también para los sabios lingüistas de agua mineral.

La Popa (Cartagena), 1952.



Montería, c. 1953.



La palabra *cruda* no es la única adoptada por el escritor en los diversos países en los cuales vivió y trabajó a ambos lados del Atlántico. Otros vocablos mexicanos que emplea son *hablada* y *peyote*. “No sé de dónde venga *habladas*, con el sentido de bravuconadas, pero lo aprendí en México, y no encontré otra palabra más feliz en Colombia”, confiesa en la nota de prensa. En *Crónica de una muerte anunciada*, Victoria Guzmán sabe que los hermanos Vicario están tomando aguardiente en la tienda de la esquina, esperando a Santiago Nasar para matarlo. “No lo previne porque pensé que eran *habladas* de borracho’, me dijo”. Otra palabra propia de México que aparece en *Del amor y otros demonios* es *peyote*, palabra náhuatl que designa una planta cactácea conocida por sus propiedades narcóticas y alucinógenas, considerada mágica por los indios huicholes, que la recolectan en la zona de Real de Catorce, al norte de la capital mexicana. “Con Judas aprendió a masticar tabaco y hojas de coca revueltas con cenizas de yarumo, como los indios de la Sierra Nevada. Probó en las tabernas el cannabis de la India, la trementina de Chipre, el *peyote* del Real de Catorce, y por lo menos una vez el opio de la Nao de China por los traficantes filipinos”. Esta enumeración de tan diversas drogas confirma, una vez más, la intensa labor de investigación del autor, en los numerosos libros de referencia que consulta antes de escribir.

De Venezuela, García Márquez emplea las palabras *cosiatero*, *mantuano* y *pavoso*. El *cosiatero* es un separatista asociado a la “Cosiata”, el movimiento político dirigido por el general José Antonio Páez en 1826 que pretendía separar a Venezuela de la Gran Colombia. Esto queda bastante claro en *El general en su laberinto*, al hablar de uno de los oficiales de Bolívar: “Desde la noche de la conversación en el champán seguía mostrándose huraño, y sin saberlo alimentaba el rumor de que estaba en contacto con los separatistas de Venezuela. O, como se decía entonces, que se estaba volviendo *cosiatero*”. En la misma obra emplea la palabra *mantuano*, que designó durante la época colonial a los aristócratas venezolanos de raza blanca, descendientes de los conquistadores españoles. El nombre se debe a la mantilla utilizada por estas mujeres para asistir a misa. De su segundo viaje a Europa, Bolívar “había vuelto entusiasmado con los cuplés de moda, y los cantaba con toda la voz y los bailaba con una gracia insuperable en las bodas de los *mantuanos* de Caracas”. Ambas palabras venezolanas, entonces, están perfectamente apropiadas en el contexto de una narración sobre Bolívar.

También es venezolana la noción de *pavoso* en el sentido de desafortunado, que tiene o contagia la mala suerte. En *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*, García Márquez emplea este adjetivo, y él mismo explica su significado. Describiendo las fantásticas colecciones que Pablo Neruda tenía en su casa de Isla Negra, en la costa chilena, explica que “su fiebre de atrapar la naturaleza, no sólo en sus versos magistrales, lo condujo a tener colecciones de caracolas dementes, de mascarones de proa, de mariposas de pesadilla, de copas y vasos exóticos. [...] Sus amigos venezolanos, que relacionan el mal gusto con la mala suerte, le decían que aquellas colecciones eran *pavosas*. Es decir: fatídicas”. Del mismo modo, encontramos la palabra explicada en el cuento *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. La abuela le cierra el paso a un soldado: “No hijo –le dijo–, tú no entras ni por todo el oro del moro. Eres *pavoso*”. Cuando el soldado pregunta qué significa eso, la abuela responde: “Que contagias la mala sombra –dijo la abuela–. No hay más que verte la cara”. Porque si alguien, o algo, es *pavoso*, es porque tiene la *pava*, es decir, la guiña o mala suerte. “Quise llevar también un buen florero y un ramo de rosas amarillas para conjurar la *pava* de las flores de papel”, piensa el personaje de *Memoria de mis putas tristes*.



Caserío cerca a Mompós, c. 1953.
Creciente del río Magdalena en el Atlántico, c.1960.





Guajira venezolana, c. 1958.
La Paz (Cesar), 1953.





Plaza de toros en Girón
(Santander), c. 1965.

De Cuba, García Márquez toma las palabras *mambí* y *manajú*. El término *mambí* o *mambís* se refiere a los insurrectos cubanos en la lucha por la independencia contra los españoles, en el siglo XIX. “Hablabla, comía, pintaba, se vestía, se enamoraba, bailaba y vivía la vida como un cubano, y cubano se murió sin conocer Cuba. [...] de madrugada bajaba a saltos de los andamios, más pintorreteado él mismo que el mural, y blasfemando en lengua de *mambises* en la resaca de la marihuana”, dice de Orlando Rivera, Figurita, en *Vivir para contarla*. *Manajú* es el nombre cubano de un árbol silvestre de cuyo tronco se extrae por incisión una resina amarilla, usada para curar heridas. En *Del amor y otros demonios*, después de ser mordida por un perro con rabia, “Sierva María se había entregado en secreto a las ciencias de los esclavos, que le hacían masticar emplasto de *manajú* y la encerraban desnuda en la bodega de cebollas para desvirtuar el maleficio del perro”.

De Chile toma las palabras *momio* y *población*, pues el escritor afirma en el prólogo de *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*, que había “procurado en muchos casos conservar los modismos chilenos del reportaje original”. *Momio* es la apelación coloquial del burgués, o persona de la clase alta: “tenía que dejar de ser [...] pobre e inconforme como lo había sido siempre, para convertirme en lo que menos quisiera ser en este mundo: un burgués satisfecho. O como decimos en Chile: un *momio*”. También emplea la palabra *población*, que designa allá un barrio pobre y marginal: “En los meses siguientes al golpe militar, el río Mapocho se conoció en el mundo entero por los cadáveres maltratados que arrastraban sus aguas, después de los asaltos nocturnos de las patrullas militares a los barrios marginales: las famosas *poblaciones* de Santiago”.

De España, García Márquez escogió las palabras *altavoz* y *manola*. El *altavoz* es en España el aparato que sirve para amplificar el sonido, llamado en América parlante, altoparlante o bocina. En *La mala hora*, para dar una respuesta a pesar del ruido de los motores de la lancha, un personaje “se apoyó contra la borda, y utilizando las manos como *altavoz*, gritó con todo el poder de sus pulmones”. En *El amor en los tiempos del cólera* presenta al personaje madrileño de la *manola*, mujer de los barrios populares, de traje característico, peinado de trenza, con peineta y mantilla. La primera vez que Fermina Daza va al mercado, se detiene “en cada portal donde hubiera algo de vender [...], se envolvió en sedas estampadas, se rió de su propia risa al verse disfrazada de *manola* con una peineta y un abanico de flores pintadas frente al espejo de cuerpo entero”.

Si bien existen términos que se limitan a una sola región, existen otros cuyo significado varía de un lugar a otro. Un *capuchino*, por ejemplo, puede ser un religioso descalzo que pertenece a la orden reformada de san Francisco; el color marrón o café, como el del hábito de esos monjes; un café con leche espumoso; en Cuba, un dulce de yema cocido; en Puerto Rico y la República Dominicana, una cometa pequeña de papel y sin varillas; y finalmente, un simio americano pequeño y muy peludo. García Márquez emplea la palabra en este último sentido, de manera muy apropiada, en *La prodigiosa tarde de Baltazar*: “-Tienes que afeitarte -le dijo Úrsula, su mujer-. Pareces un *capuchino*”. En cambio, en *El general en su laberinto*, emplea el nombre completo: “Por la noche permaneció despierto en la hamaca, mientras los bogas jugaban a identificar las voces de la selva: los *monos capuchinos*, las cotorras, la anaconda”.

Creciente del río
Magdalena, El Banco
(Magdalena), c. 1953.





Atlántico, c. 1954.

Pelota es otra palabra de múltiples significados, según el país en que se usa o en el contexto en que se emplea. Es, primeramente, la bola de materia elástica, que rebota, y que se usa en diversos juegos y deportes. También es la bola de cualquier materia blanda, como la nieve o el barro, que se amasa con facilidad; la bala de piedra, plomo o hierro de las antiguas armas de fuego; en Argentina, Bolivia y Uruguay, antiguamente, una batea de cuero de vaca para pasar ríos o arroyos las personas y cargas; en Cuba y México, pasión por alguien o algo; en Nicaragua, un grupo de amigos; en España, una persona aduladora o servil; en Colombia, una persona ingenua o tonta; y, finalmente, en el ámbito del Caribe, significa el juego de béisbol, o ‘pelota base’ como se tradujo del inglés *base-ball*. En sus memorias, el autor recuerda que “la fiebre del balón que Luis Carmelo Correa me había contagiado en los potreros de Cataca se me había bajado casi a cero. Además, yo era de los fanáticos precoces del béisbol caribe –o el *juego de pelota*, como decíamos en lengua vernácula–”.

Una *nodriza* es, en España, la mujer que cría una criatura ajena. También es el buque o avión que sirve para abastecer de combustible a otro. En Colombia es el imperdible, también llamado en España alfiler de criandera o alfiler de gancho, “el alfiler que no se abre fácilmente”, como explica el *Diccionario* de la Real Academia. García Márquez emplea el término dos veces en *Cien años de soledad*, primero cuando Fernanda “se negó a permitir que Aureliano asistiera a la escuela pública. [...] en las escuelas de esa época sólo se recibían hijos legítimos de matrimonios católicos, y en el certificado de nacimiento que habían prendido con una *nodriza* en la batita de Aureliano cuando lo mandaron a la casa estaba registrado como expósito”; y luego, cuando el sabio catalán emprende el viaje de regreso a su patria y los muchachos “lo auxiliaron como a un niño, le prendieron los pasajes y los documentos migratorios en los bolsillos con *alfileres de nodriza*”.

Un *mesón* en España es la fonda o restaurante típico que recuerda a la antigua posada para viajeros, en Chile designa el mostrador de las cantinas, mientras que en Colombia es una mesa grande, y en este sentido lo emplea García Márquez. En *El general en su laberinto*, en su viaje hacia el exilio, Bolívar llega a Santa Marta, de camino al ingenio de San Pedro Alejandrino, donde muere.

La casa de la aduana vieja era la más antigua construida en el país, doscientos noventa y nueve años antes, y estaba recién restaurada. Al general le prepararon el dormitorio del segundo piso, con vista a la bahía, pero él prefirió quedarse la mayor parte del tiempo en la sala principal donde estaba las únicas argollas para colgar la hamaca. Allí estaba también el basto *mesón* de caoba labrada, sobre la cual, dieciséis días después, sería expuesto en cámara ardiente su cuerpo embalsamado.

García Márquez hace acopio de todas las palabras que encuentra, ya sea las aprendidas en sus incansables lecturas, las almacenadas en su prodigiosa memoria, las encontradas en los diccionarios, las adoptadas en los diferentes países... y siempre las emplea de manera oportuna y con discernimiento porque, al fin y al cabo, la cuestión no se reduce a disponer de un amplio léxico, de un variado arsenal de palabras, sino de disponer del talento y la sabiduría para usarlas en el momento apropiado. El acopio es un asunto de estudio y carpintería, pero su uso es una cuestión de talento, de creatividad y de maestría. ■